

Comentarios a la Regla de Vida

Hermano Benjamín

*Cristo nos une a su misión;
infunde un amor que debemos propagar.*

Capítulo I. En el corazón de la Iglesia 2. Pueblo de Dios

No actuamos por nosotros mismos. No somos los dueños del mensaje. Si así fuera, sería posible el descuido, matizarlo, sumergirlo en la corriente de la modernidad. Todos lo hacen.

Lo hacen en el mundo de la empresa. Bajo la capa del tótem de la innovación, hoy te ofrecen aquello a lo que ayer habían renunciado y te dicen que es imprescindible para la salvación del cuerpo y del alma.

Lo hacemos en el mundo de la escuela. La gran perogrullada de las inteligencias múltiples, dehesa para tontos, ha ido dando paso a otra estepa estéril del pensamiento como son las situaciones de aprendizaje, *miralabolita* de todos los que esperan el milagro diario de la nueva pedagogía.

Nuestro mensaje, en cambio, es sólido y contundente, no admite subterfugios, no devuelve el cambio: “Cristo nos une a su misión; infunde un amor que debemos propagar”.

Hay que convenir que esto es solo para guerreros; gente dispuesta a no andar con medias tintas a jugarse el tipo cada día en favor de la cruzada del amor de Dios.

Porque el amor de Dios que debemos propagar es una mercancía peligrosa, en un mercado donde cotizan al alza otros tipos de amores: el sexo, los honores, la avaricia, que deciden en gran parte la vida del hombre.

El amor de Dios nace de la relación personal con él. Se desarrolla tras muchas horas de presencia en la capilla, y en la oración de la vida diaria, hasta que llega un día que ya no cabe más, que desborda, y alcanza al que está más cerca, luego a otro y a otros.

Para que funcione esta correa de transmisión, es preciso que el Hermano del Sagrado Corazón esté cerca de Dios, pero también cerca de los hombres. Tarea nada fácil cuando cada vez hay más estímulos para la individualidad y el aislamiento tras la pantalla nuestra de cada día.